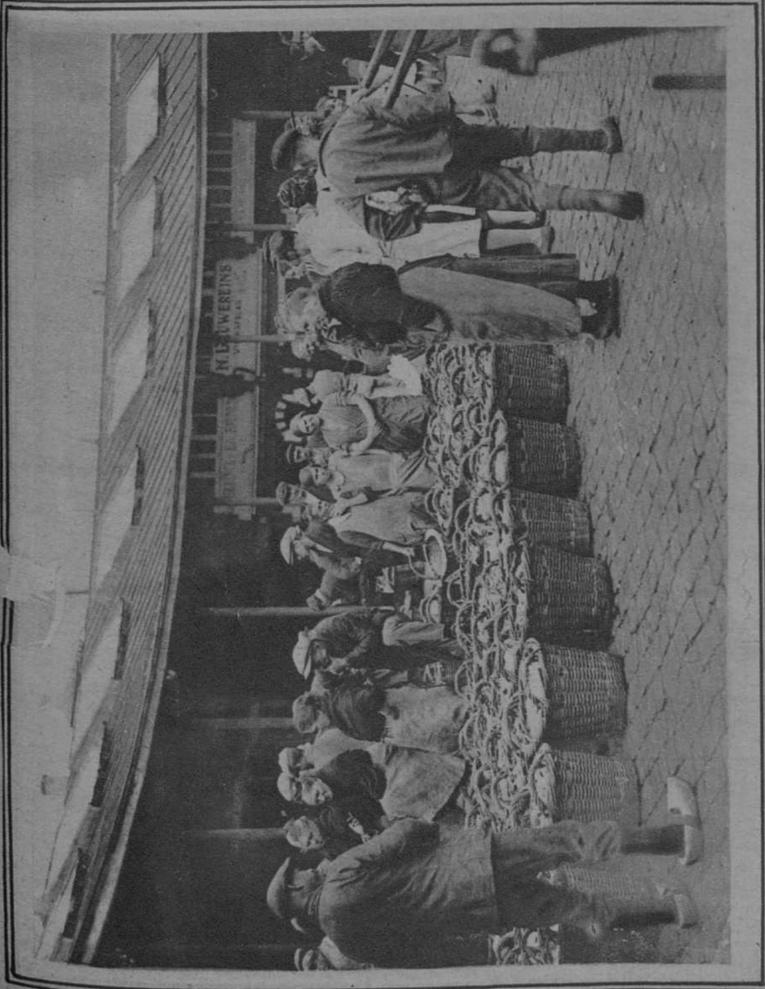
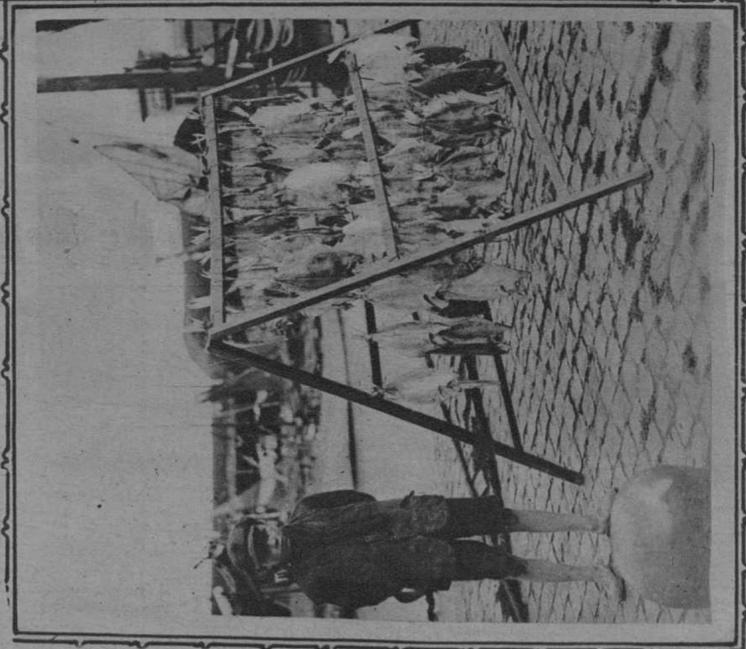


Ostende, puerto de pesca

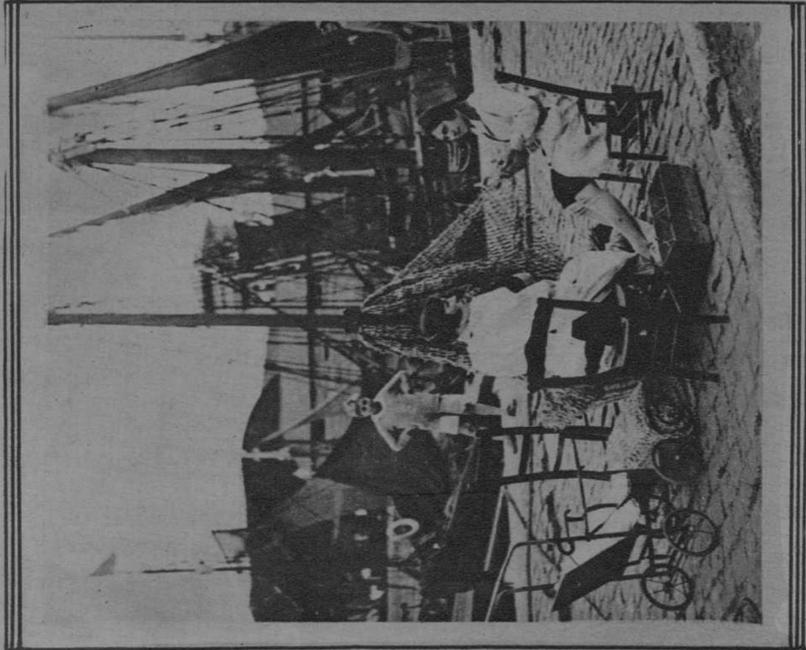
Ostende es, con Lorient, Bólogne y Cuxhaven, uno de los más importantes puertos de pesca de Europa. Cada día arriban al mismo millares de pesadas canastas repletas de pescados, que, apenas llegadas, son, con la máxima celeridad, expedidas hacia los más variados destinos. Un monumental Mercado de Pescado ha sido recientemente construido, pero parece que ya va resultando exiguo, ante el incremento que va tomando la industria de la pesca en el aristocrático puerto



Un rincón del Mercado de Pescado, a la llegada de la pesca



Una parada de pescado fresco



Reparando las redes

(Fots. Keystone)

MIAMI
185

PAGINAS
EXTRAORDINARIAS
DE
El Día Gráfico

Octubre
20
1929



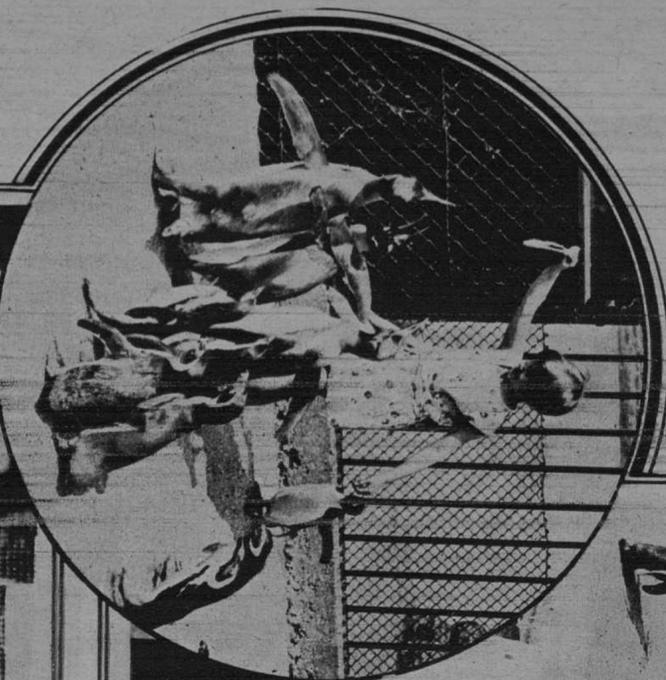
Los policías ingleses son muy buenos muchachos. Esta curiosa instantánea ha sido tomada en Londres, en ocasión de una competición atlética infantil. El pequeño Jackie tenía dificultad para fijar sobre su pecho el número que debía ostentar en la carrera. Amablemente, el grandote «Boby» se prestó a sacarle de apuros. ¿Cómo se arreglará la madre del niño para asustarle, en lo sucesivo, con el guardia? — (Fot. Consorcio)

Los pingüinos del Parque Zoológico de Londres

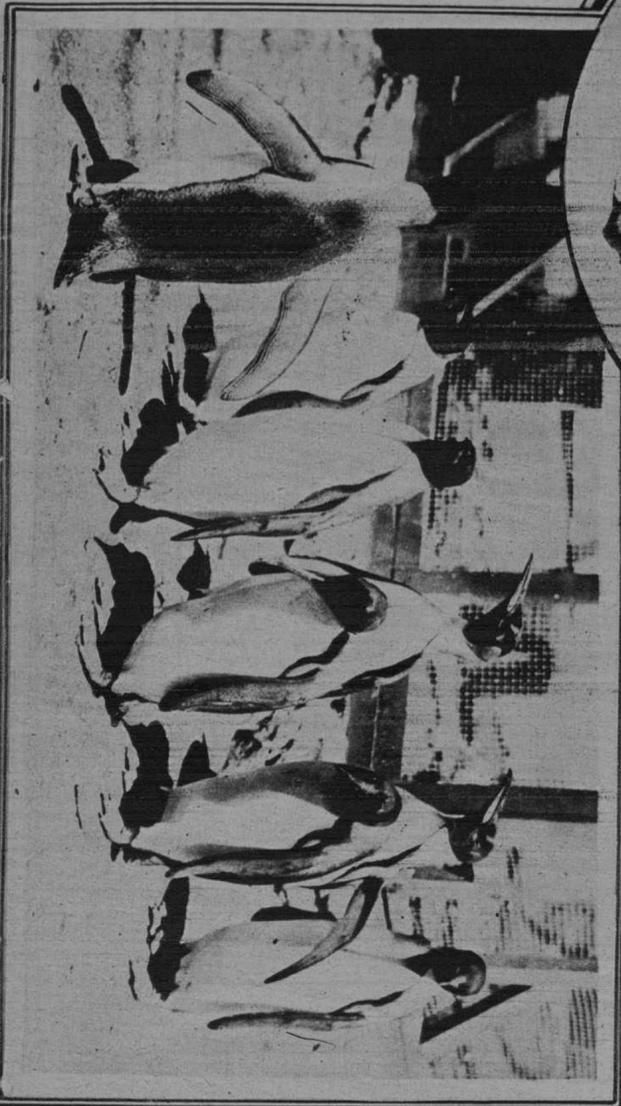
No es cosa muy corriente ver pingüinos en los Parques Zoológicos de Europa. No obstante la dificultad de aclimatación, parece una cuestión de amor propio para los directores de dichos parques, poseer la mayor cantidad posible de las referidas aves exóticas. El Parque Zoológico de Londres—uno de los mejores parques del mundo—, tiene a gala poseer una gran variedad de pingüinos. El popular "Alfredo", está en la colección londinense muy bien representado, consiguiendo el deleite de la gente menudada—y aún de los mayores—, que gozan viendo su majestuoso andar y la gracia que respiran. Domésticos, dóciles, no les temen a los visitantes, de los que reciben, de vez en cuando, alguna golosina.



Filmando el almuerzo de los pingüinos



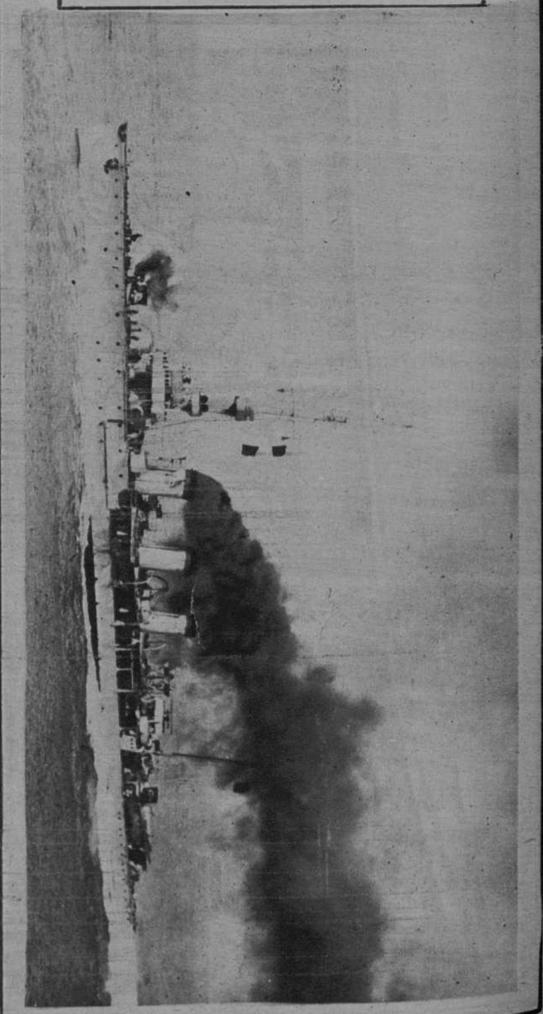
Los pingüinos reciben una agradable visita



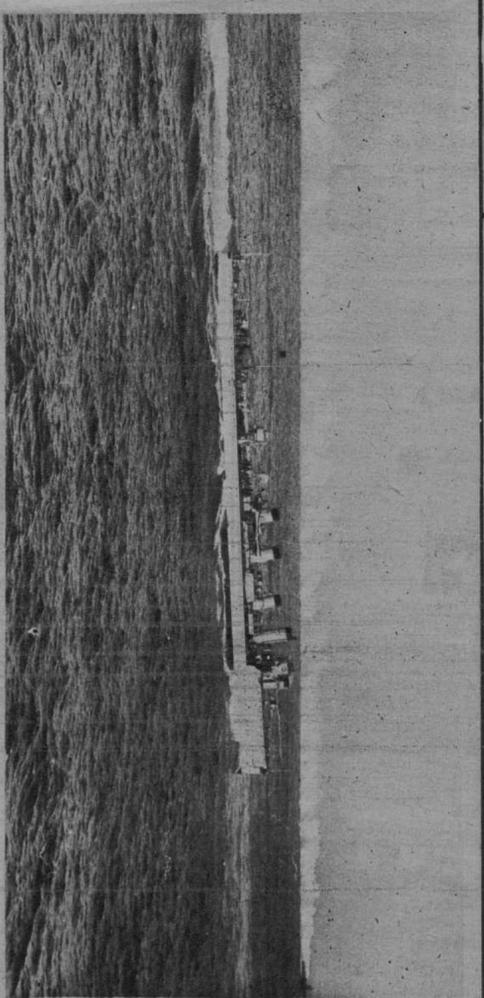
Un desfile en fila india

(Fots. Kaystone)

Las maniobras navales del Mediterráneo

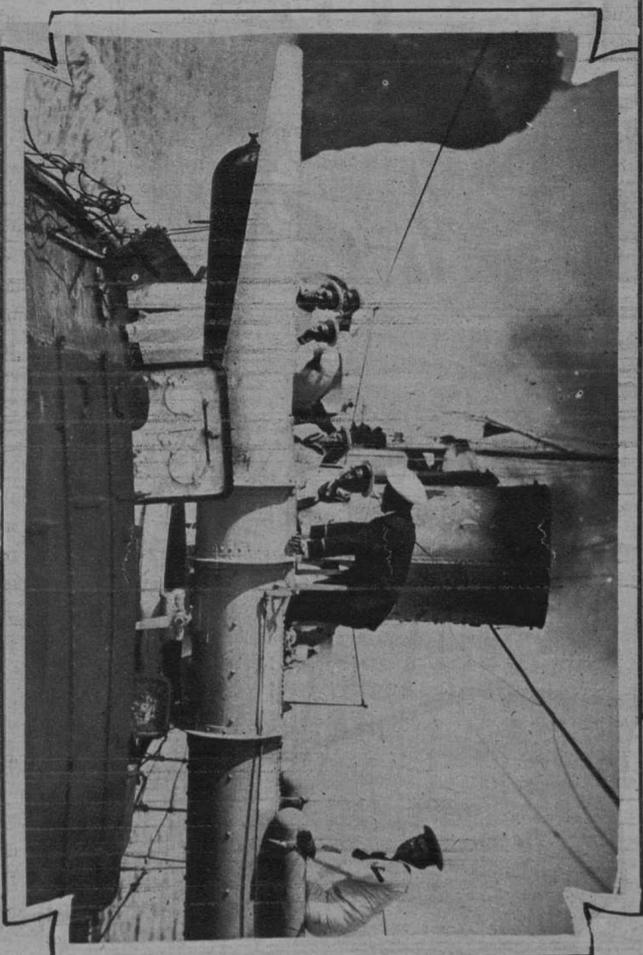


El torpedero número 22 lanzando torpedos, en las Columnas británicas



Los destructores lanzando coortinas de humo

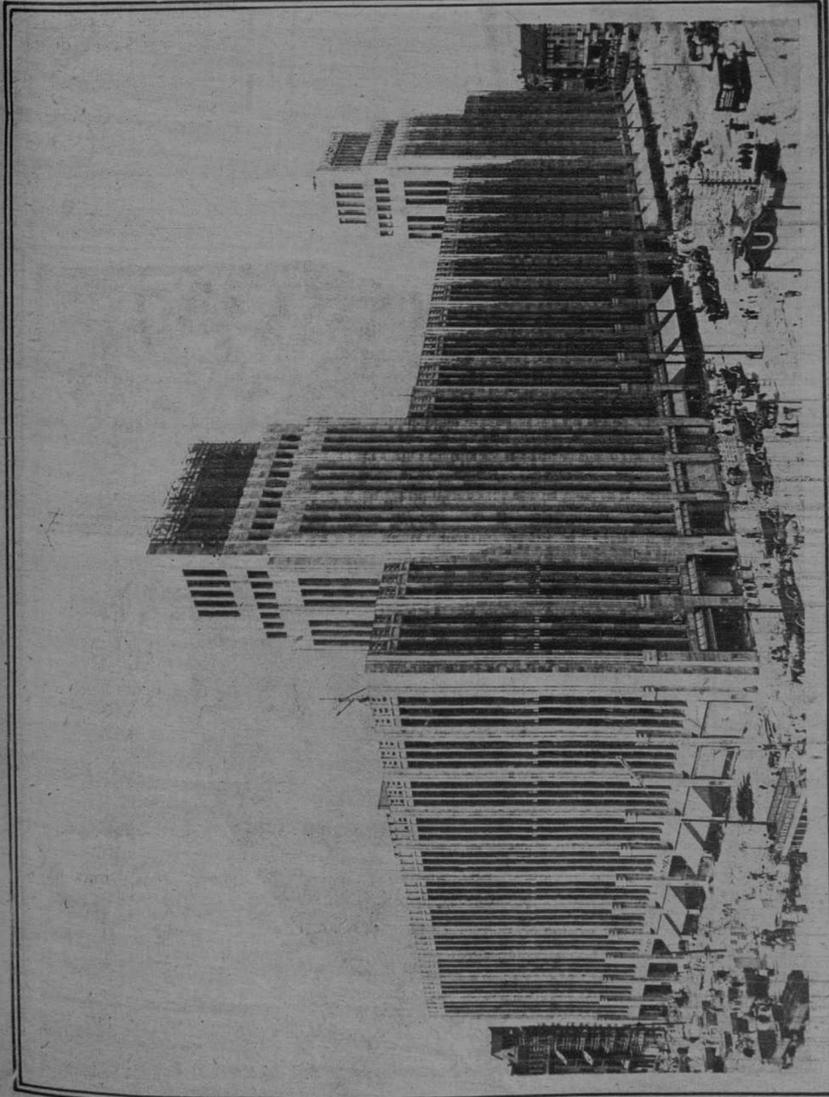
Las costas del Mediterráneo español han vivido estos días en un ambiente de lucha. De lucha simulada, de ficción, de pálido remedo de las trágicas escenas de una guerra naval. Las maniobras realizadas por la escuadra española, presenciadas por el Rey, han prestado a los puertos de Mallorca, de Menorca y de Ibiza, así como a los de Cataluña y Valencia, inusitada animación, una fiebre desacomunada, un movimiento extraordinario que ha hecho acudir las muchedumbres a las playas o a las muelles y que ha dado ocasión a presentar espectáculos de la máxima su-
gestión



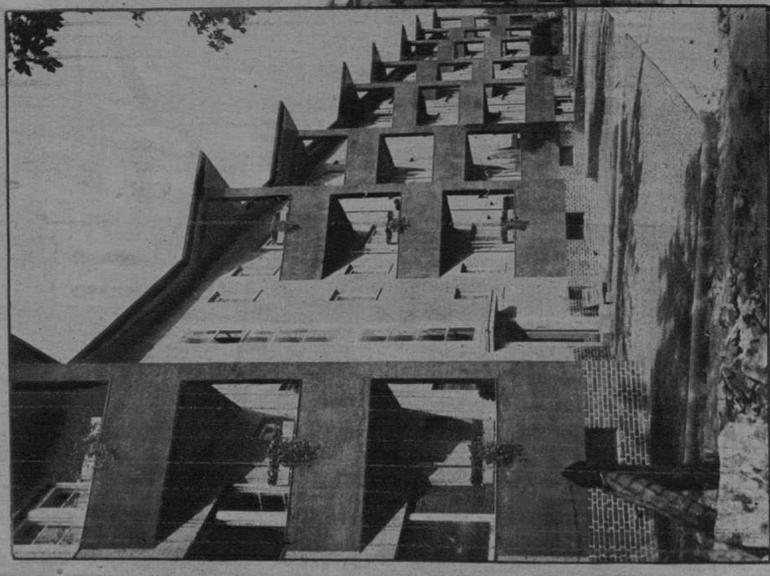
Momento de ser lanzado un torpedo.—(Fots. Pioritz)

LA
MODERNA
ARQUITECTURA
ALEMANA

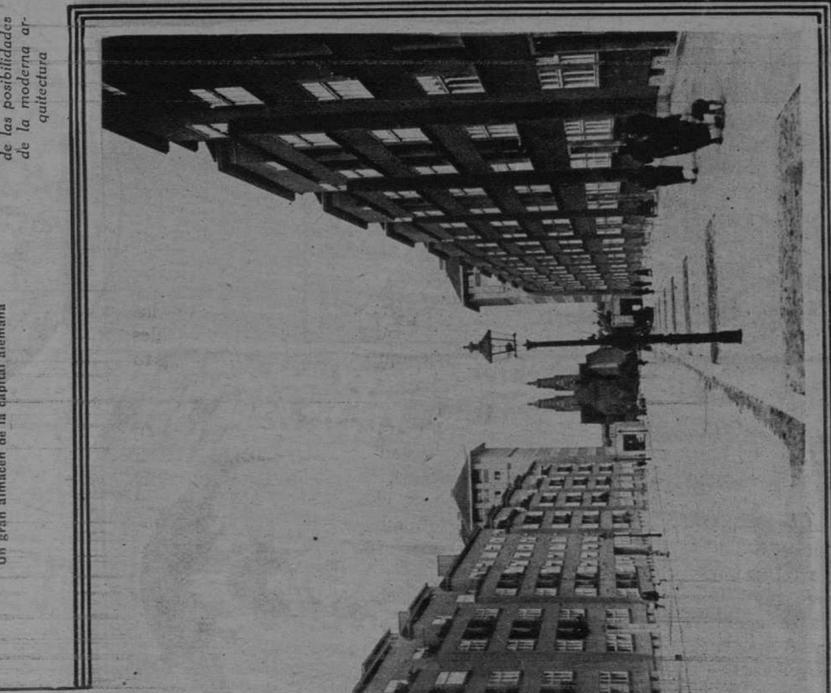
La construcción alemana ha adoptado un estilo definitivo. A base de líneas rectas, de grandes masas cúbicas, sin curvas que representen pérdida de espacio, los arquitectos alemanes han conseguido crear un estilo que, si bien en sus comienzos fué objeto de acerbos críticas, poco a poco va convirtiéndose a los reacios e imponiéndose de una manera completa. Las nuevas edificaciones en diferentes puntos de Alemania, responden a este estilo notísimo, que culminó en las últimas exposiciones de Colonia, de Leipzig y de Francfort, y que tiene una de sus más características representaciones en la Estación monumental de Stuttgart. Las fotografías que reproducimos constituyen una muestra de las posibilidades de la moderna arquitectura



Un gran almacén de la capital alemana

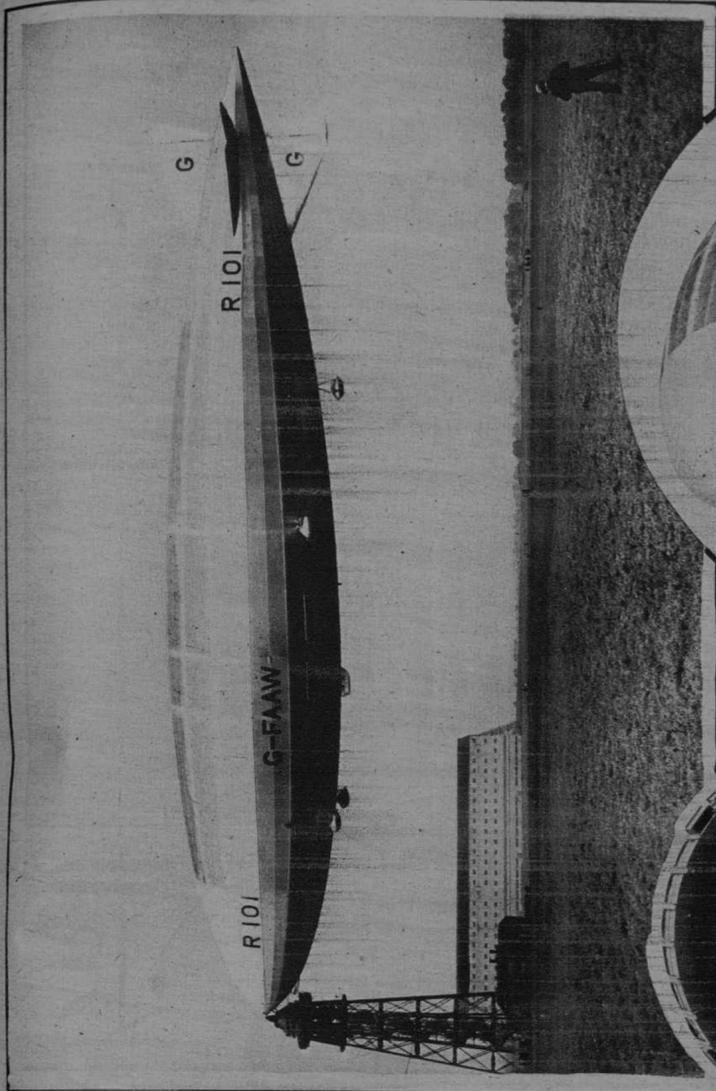


Reconstrucción del nuevo estilo que se establece en el barrio de Mariendorf, cerca de Berlín

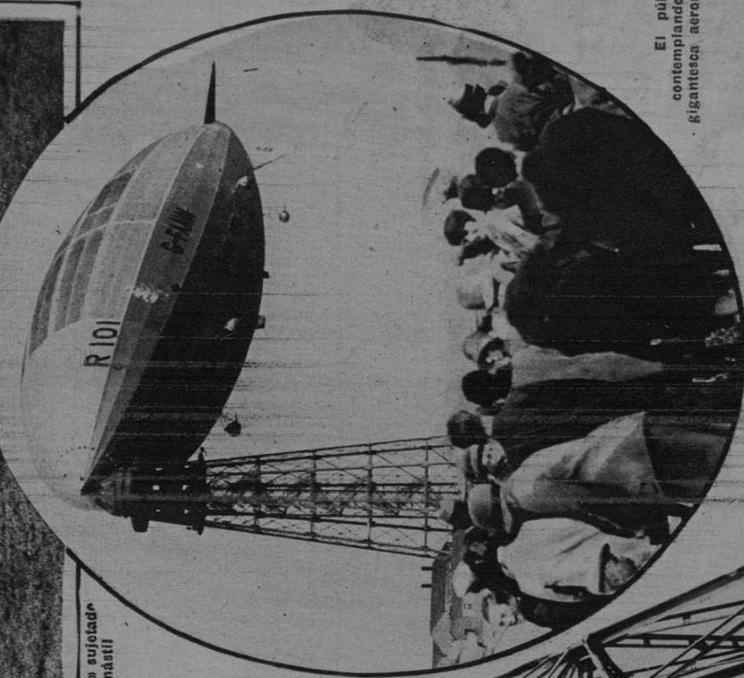


Una de las calles modernas de Berlín, construida según el nuevo estilo.—(Fots. Scherl)

EL
MAYOR
DIRIGIBLE
DEL
MUNDO

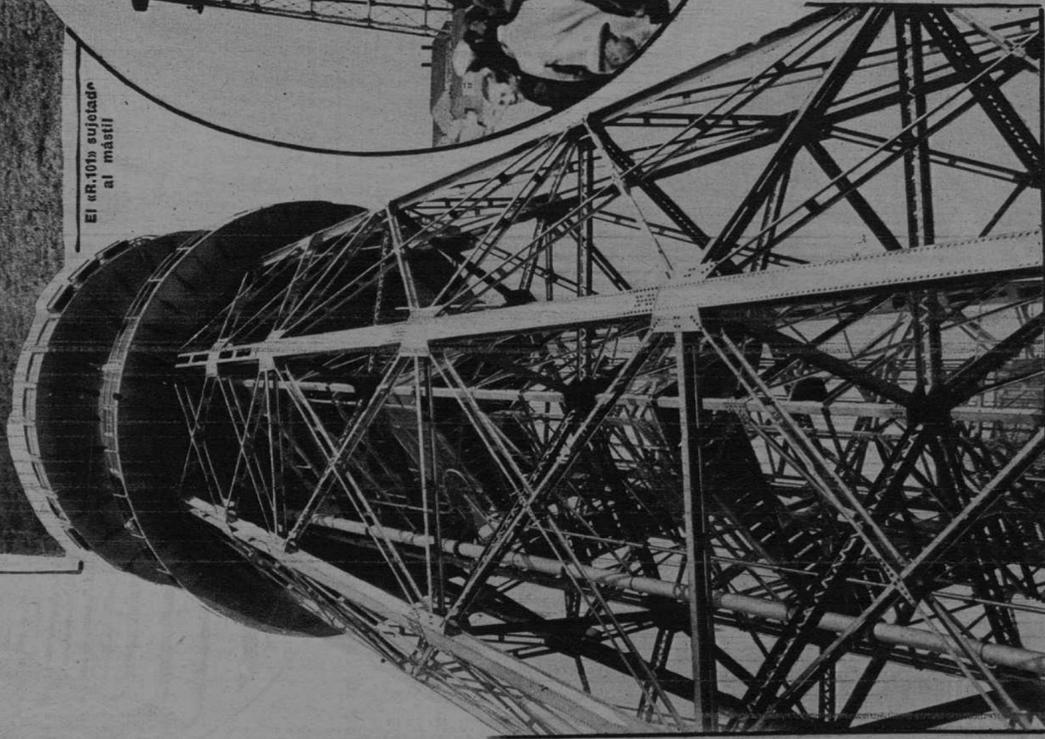


El «R.101» sujeta al mástil



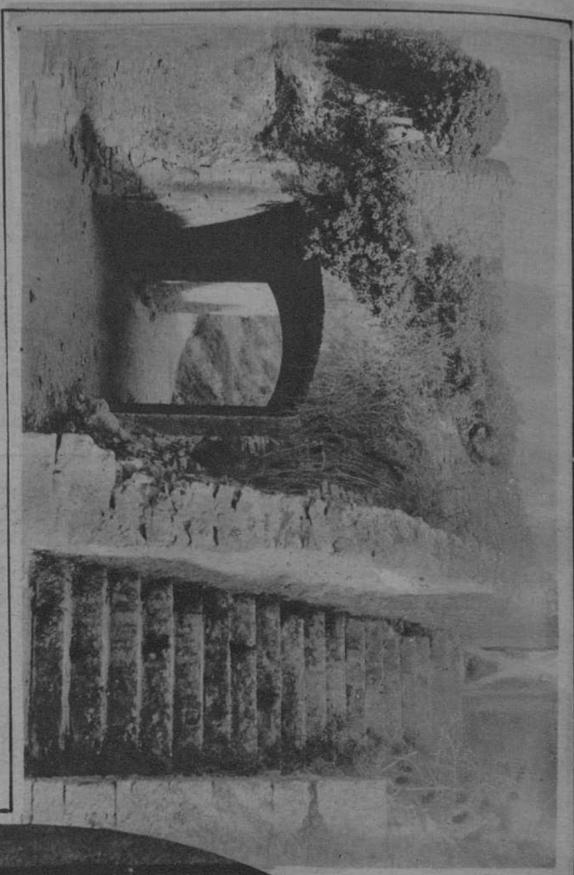
El público contemplando la gigantesca aeronave

En materia de aerostación, Inglaterra no quiere quedarse atrás. A los éxitos, indiscutibles, del "Conde Zeppelin", opone el nuevo dirigible "R.101", al que considera capaz de mayores hazañas. El amarre del nuevo dirigible a su mástil se efectuó, días pasados, rápidamente y sin grandes dificultades. El comandante de la aeronave, Mr. Scott, se muestra muy satisfecho de los vuelos de prueba y afirma que el "R.101" obedece dócilmente a la maniobra. La velocidad alcanzada no pasó de los 96 kilómetros por hora, pero se espera que en sucesivos vuelos será mucho mayor. El dirigible está dotado de insuperables comodidades y, según dicen los ingleses, dejará tamarito, en este aspecto, al dirigible alemán

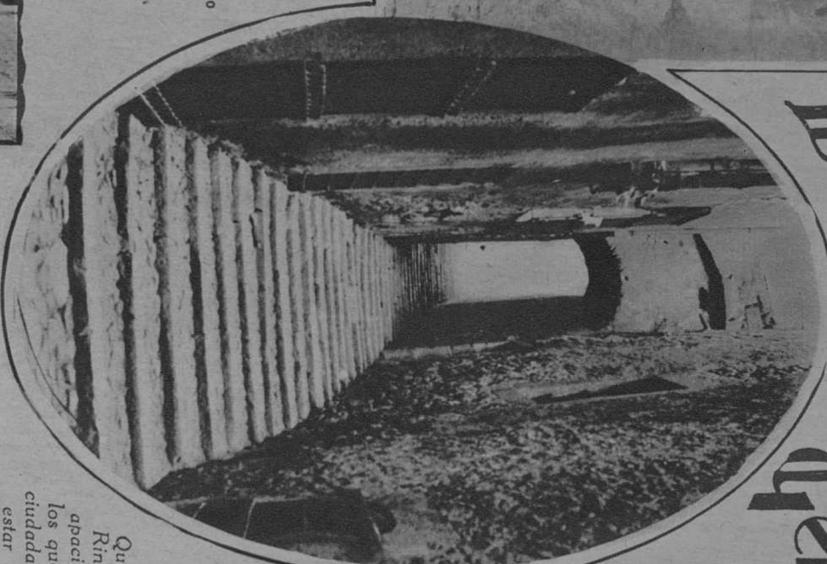


El mástil gigantesco del aeródromo de Cardington (Inglaterra), destinado a sujetar el dirigible.—(Fots. Keystone)

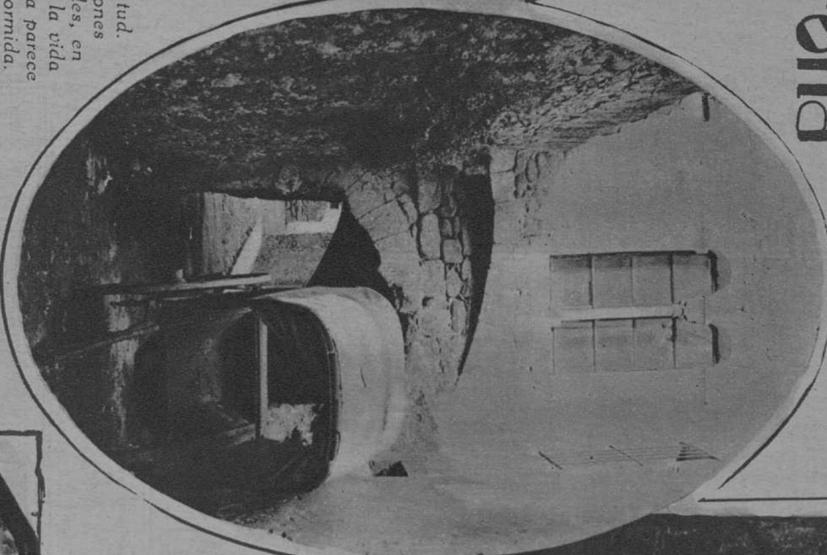
Las viejas calles de Gerona



La Puerta de San Cristóbal



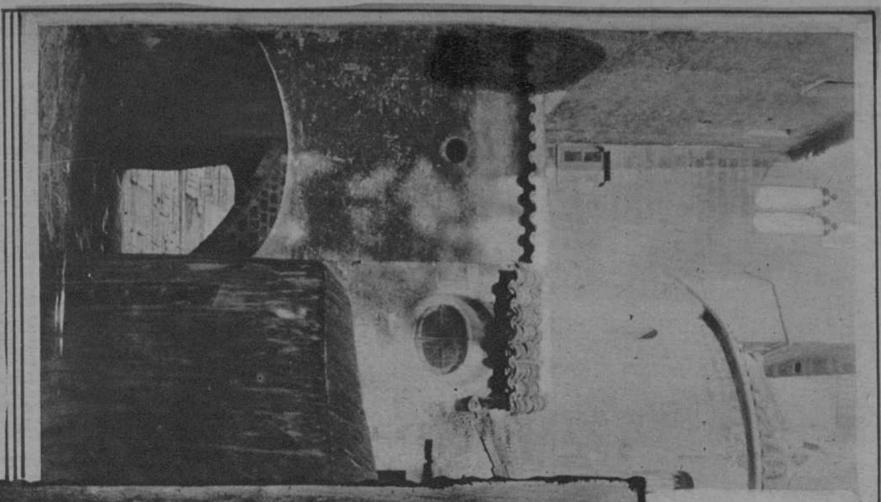
La calle de Cundaro



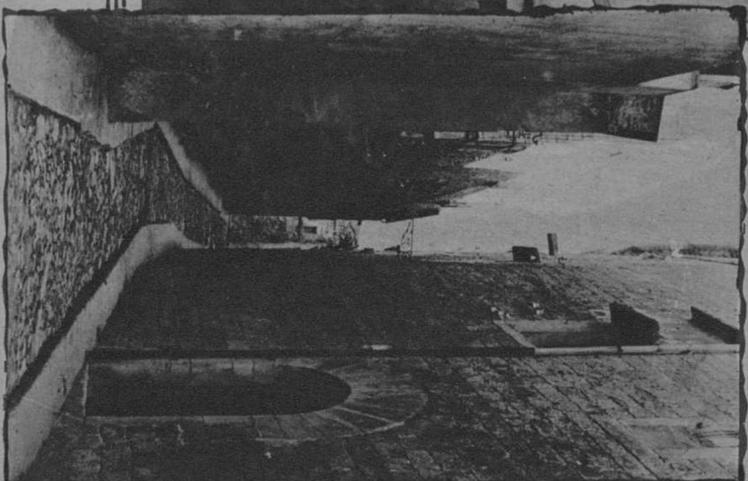
Otro aspecto de la calle de Transfiguera



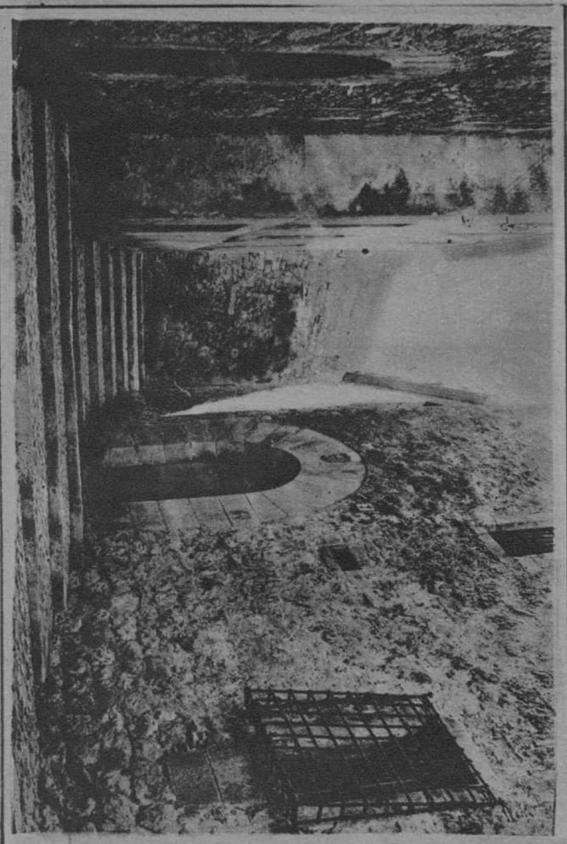
La calle de Transfiguera



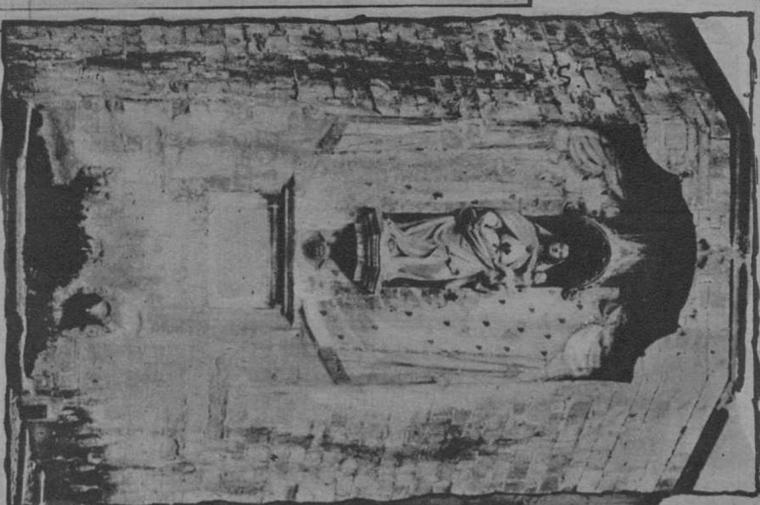
Un rincón apacible y solitario



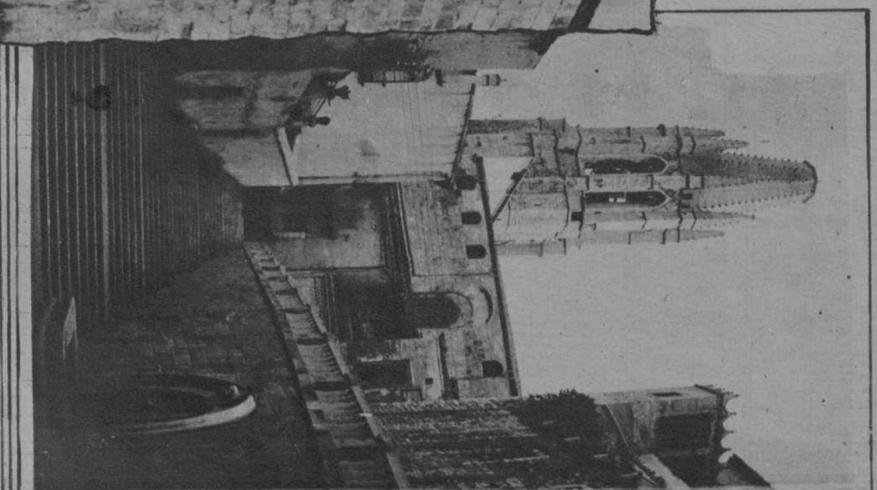
La calle de Asamans



La calle del Obisno



La fuente y la Virgen de la Pera



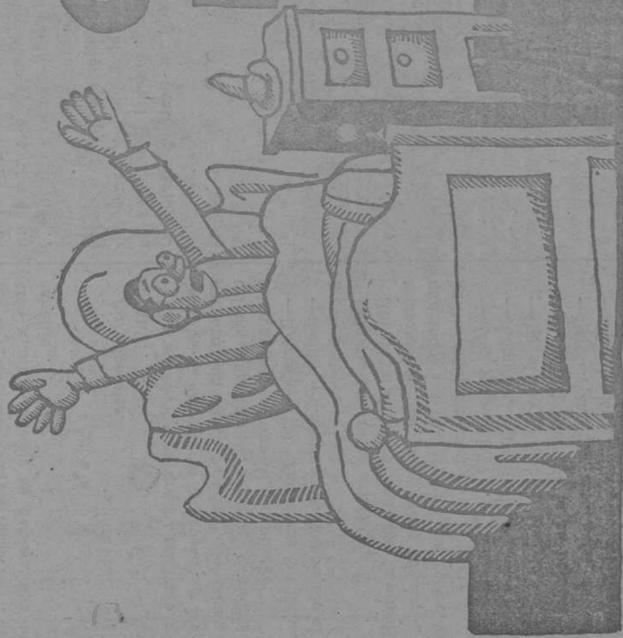
La calle de la Collegiata (Fots. Vila)

Quietud.
Rincones
apacibles, en
los que la vida
ciudadana parece
estar dormida.

Edificios que recuerdan gestas gloriosas y remotas jornadas de lucha. Arcos y parrones vetustos, orgullosos de su pasado. El octagonal campanario de San Pedro de Galligans, dominando las viejas calles y las silenciosas plazas. Indígenes piadosas, conservadas en el muro por la tradición. Fuentes de agua cristalina que apagan la sed al sediento. Escaleras empinadas, angostas, que conducen a la cima del glorioso Montjuich. Rejas sin tradición amorosa, huérfanas de poesía. Silencio, sedante del cuerpo y del alma. Gerona, la vieja, conserva íntegro el espíritu de aquellos que la defendieron contra la invasión francesa

CUANDO NO HAYA POLICIA. POR LUIS POMAR

ILUSTRACIONES DE PASARELL



y tus hijas... y tus hijos andan ahora por ahí, aprovechándose de la revolución!... ¡No hay política!

Me ha dado tan tremenda bofetada, que he rodado al suelo... Y cuando me he puesto en pie, frenético, ciego de ira, sediento de sangre por el ultraje, he encontrado el vacío a mi alrededor. ¡No hay nadie, nada!

Entonces me dirijo al despacho, a por dinero, a escapar a la calle... ¡Horror! Mi caja de caudales está fracturada... y sólo encuentro diez duros con una tarjeta, donde leo estas líneas: «Al gran poeta don José Castillos, para que pueda tomar un coche y asistir al banquete que hoy le darán... si lo consentimos nosotros...» ¿Qué es esto?... ¿Cojo los diez duros y salgo de mi casa, dando un portazo formidable. Pero el portero me grita desde abajo:

—¡Eh, animal, no se trata así la finca!... ¿O es que quieres que te caliente el bulto yo también!...

Oigo una carcajada insolente. Es toda la familia y algunos amigos del portero, que se rían de mí. Y cuando me dispongo a bajar la escalera, iracundo, tropiezo, mejor dicho, resbalo, y allá voy rebotando de escalón en escalón hasta la entrada de la portería... Y allí ocurre otra cosa que me desconcierta: el portero, su familia y una decena de amigos de ellos, caen sobre mí,

mi alrededor? Mi criado Lucas entra en mi alcoba y me advierte, muy pálido:

—¡Vaya el señor con cuidado!... Anoche ha estallado la revolución, y las turbas son dueñas de Madrid. ¡No hay política!... Ni policía ni leyes... Temo por la vida del señor...

Me asombro y pregunto a Lucas:

—¿Cómo?... ¿Pero los carbonos de anoche, no eran salvos en honor mío?

—Eran salvos en honor de usted y cañones de verdad. Ha sido una revolución seria... Hay no sé cuántos muertos...

Me vieto a todo escape, con el temor de que se haya suspendido el banquete. Luego pregunto por mi esposa, por mis hijos. ¡Nadie está en casa!... ¿Cómo es esto?...

—¿Dónde está la señora?—pregunto al criado.

Lucas me da esta explicación desconcertante:

—La señora?... ¡Mejor será que la envíe usted!... Como la mujer «cuanto más vieja más pelleja», se ha ido con un harbipio esta mañana, a «corretela»...

No puedo contenerme. Caigo sobre mi criado, y le cubro de golpes. Pero, con inmenso asombro mío, él también me golpea, al tiempo que me dice:

—Eh, carcamali, ¿qué te figuras?... ¿Que vas a poder tratarnos siempre como un amo a sus perros? ¡Bandido, idiota!... ¡Tu mujer se te ha escapado, sí, con quien ha querido.

¡Al fin he triunfado!... ¡Ya era hora!... Porque voy a cumplir los sesenta años... Un poco más y hubiera tenido que darle la razón al poeta, que me dijo en mi juventud: «¡Siga usted! Usted tiene un gran defecto para nuestra profesión: ¡es usted muy listo! La inteligencia es un lastre... Si fuera usted tonto, en un año conquistaba Madrid, fama y dinero... Pero, en fin, siga usted... que, si tiene fe, «llegará», «llegará»; ahora que, eso sí, a los ochenta años, que es cuando «llega» en España la «juventud»...

¡Diablo!... Era verdad. Ya «he llegado». He triunfado. Y los periódicos me llaman a boca llena «el joven triunfador»... El otro día me lo leía mi nieta Mariana, la pequeña, que se ha casado ahora. Pero, en fin, ya lo dice el vulgo: «¡Más vale tarde que nunca!», y el que no se consuela...

Hoy es un gran día para mí.

Me dan un banquete, pero un banquete monstruo, que será la consagración de todos mis triunfos literarios. Ayer lo hemos leído en todos los periódicos de Madrid:

«Mañana se verificará el banquete con que sus numerosos admiradores obsequian al genial escritor y dramaturgo don José Castillos de Mendoza y Alvarez... Pasarán de los mil los comensales...»

Una consagración, pues, definitiva. Pero... ¿por qué noto, desde el momento mismo de despertar, este vacío tan grande a

—Ya lo dice la carta de Ana: a cumplir un deber de amistad. Ella, cuando yo sufría hambre, mientras era estudiante, me socorrió, precisamente en casa de su suegro, el padre Gregorio. Ahora yo, la devuelvo aquel acto de bondad.

—Pero se expone a que lo fusilen.

—Ya lo sé. Yo soy un revolucionario, y mi nombre bueno en estos tiempos de infortunio. Si usted no me denuncia, nadie sabrá quien soy. Cumpliré mi misión y regresaré a Moscou.

Solofiof, mostrando indignación, respondió:

—Yo, aquí, estoy para servir a los que protegieron al padre Gregorio y le auxiliaré con toda mi alma. Los zares han sido trasladados a Ekaterimburgo. Aquí estuvieron presos, vigilados por un destacamento de guardias rojos y un especial comisario del pueblo, llamado Yakovlef, que tiene plenos poderes.

—¿Quién era ese Yakovlef?

—Un antiguo emigrado político, que ha vuelto con la revolución. Había cometido un atentado en Finlandia y huyó. Es hombre de cultura, seguramente un antiguo universitario, porque sabe francés, inglés y alemán.

—¿Y cómo se portó con los Romanof?

—De una manera extraña. A veces duro, a veces afable. Su conducta fué extraña sobre todo durante el traslado de los zares. Inesperadamente condujo al zar y al zarevitch al tren, y los colocó en un vagón de primera clase, partiendo hacia Tiumen. No pudo pasar de aquí, retrocedió y se dirigió hacia Omks, pero al llegar aquí, el tren fué rodeado por los guardias rojos, que obligaron al convoy a dirigirse hacia Ekaterimburgo.

—¿Y por qué estas marchas y contramarchas?

—Los bolcheviques decían que Yokovlef, quería entregar los zares a los alemanes.

—¿Con qué propósito?

—Nadie lo sabe.

—Yo sí—respondió Sergio—. Ahora comprendo ciertas palabras de la Virubova. Tal vez Yokovlef era un agente alemán y quería entregar los zares a los alemanes para que éstos lo repusiesen en el trono y hacer la paz.

—Pero si la paz estaba hecha.

—Es cierto, pero era una paz antirrevolucionaria, para evidenciar que los bolcheviques huyían a Rusia con sus teorías. De esta manera, los alemanes conseguían hacer la paz, evitar el contagio revolucionario y restaurando el zarismo, hallar en éste, en vez de un enemigo, un gran aliado reconocido. El plan era admirable. Los monárquicos yo sé que estaban en relación con los alemanes.

Sergio volvió a preguntar:

Sergio se puso a la disposición de la Virubova. En aquella Rusia caótica y sangrienta, dominada por un partido socialista que usaba procedimientos de coacción y de fuerza peores que los del zarismo, no restaba más que emplearse en salvar las víctimas de aquel estado de cosas, fuesen altos o bajos, zares caídos o revolucionarios en desgracia.

Faltaba dinero para poder llegar hasta Siberia, sin caer en las manos de una de las Comisiones Extraordinarias, o Checas, encargadas de combatir la contrarrevolución, aparentemente, decididas, en realidad, a eliminar todo lo que se opusiese al Gobierno de los bolcheviques, aun cuando se tratase de fuerzas revolucionarias de izquierda.

Sergio, mientras se preparaba para su viaje a Siberia, pudo presenciar cómo la reunión de la Constituyente, era disuelta a tiros. Lenine había predicado la necesidad de que la Asamblea Constituyente se reuniera, pero al ver que los socialistas revolucionarios predominaban, decidió disolverla. Tchernof, socialista de izquierda, la presidió. En cuanto declaró abierta la sesión, Lenine ordenó que un destacamento de guardias rojos, entrase en el salón de sesiones y disolviese la reunión. La Asamblea se dispersó ante las bayonetas. Nunca un soldado del zar había entrado en el salón de sesiones de la Duma.

Luego, llegó el armisticio y la paz de Brest-Litowski. Los soviets no tenían ejército, ni servicio de aprovisionamientos, ni ferrocarriles, desorganizados. Los mujics se repartían las tierras, ahuyentando a los propietarios. No existían los tribunales, juzgando los soviets según «la conciencia socialista y revolucionaria». Era preciso hacer la paz, pero cuando después del armisticio, se reunieron los delegados rusos y los alemanes, nuevamente se reprodujo el «Vae Victis» histórico. Alemania, implacable, pedía tierras y más tierras rusas, ventajas y más ventajas económicas. Alemania imponía que Rusia reuniese a Finlandia, a las provincias bálticas, a Polonia y a Ucrania. Se pensó en resistir. Se entablaron negociaciones con los aliados para que viniesen en ayuda de Rusia. Todo inútil. el tratado fué firmado. Esto era en febrero de Brest-Litowski. Pero Lenine había creado el ejército rojo.

Los alemanes habían avanzado hasta cerca de Petrogrado. Finlandia se había hecho independiente. Era preciso trasladar la capital. Petrogrado, murió, había hecho independiente. Era preciso trasladar la capital. Petrogrado, murió, políticamente, y nació Moscou.

Toda Rusia rechazaba el tratado de paz con Alemania. La revolución, iba a fracasar, ante el acrecentamiento de la Alemania imperialista, sin conatos de la revolución proletaria prometida? ¿Iba a fracasar por el desmembramiento de la tierra rusa? Lenine, dió un nuevo paso, y decretó la nacionalización de todas las industrias, lo mismo las nacionales que las extranjeras. Era forzoso

me ponen en pie, me golpean... al tiempo que el portero y su mujer me gritan: —¡Con que tantos humos, ¿eh?...! Ya se os bajarán a todos a los talones!... ¡Hemos sido nosotros los que hemos puesto jaboncillo en la escalera, para que se caigan todos los inquilinos! ¡Mire usted en aquel rincón! ¡Ya hay cuatro muertos!

En efecto: en un ángulo del hermoso «hall» de la casa veo a cuatro de mis compañeros, entre un charco de sangre que mancha las lossas de mármol. Un estremecimiento de horror se apodera de mí. Siento el miedo del animal acorralado. Y apenas tengo tiempo ni voz para preguntar, encarándome con el portero:

—¡Pero... usted... ustedes... ¿no sentían por mí y por mi familia sincero cariño... admiración, respeto?...

Me interrumpen varias voces: —¡Eso era antes!... —¡Ahora podemos decir la verdad de lo que sentimos!... —¡Sois unos bandidos, tú y tu familia! —¡Ya no hay policía! —¡Escriba un emergéncio.

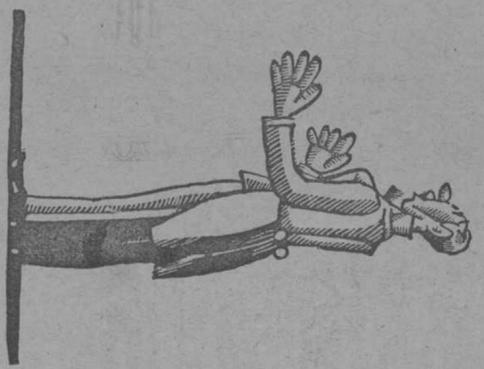
Entonces me golpean todos a la vez, me apabullan; caigo al suelo... pero el instinto de conservación se sobrepone a mi dulzura de hombre pacífico, y yo también comienzo a dar bofetadas, puntapiés, golpes y traspazos... Se me cae la chistera, abollada de un botellazo...; el portero ha esgrimido una navaja y me lanza una tremenda cuchillada...; pero me esquivo, y sólo consigo rasgarme la levita... Huyo, pasando por encima de dos mujeres, dando a una tan tremendo puntapié, que se desplomó. ¡Vida...! La debo haber matado. Y... ¡horror! siento una loca alegría de haber matado. Poco después, me encuentro en la calle.

No hay coches, ni autos, ni tranvías. Pero, ¡oh, Providencia!... Allí viene un amigo, mi mejor amigo... Le llamo. Le veo acercarse. Y apenas he empezado a murmurar:

—¡Fernando, ven, acompáñame... es horrible!... Mira cómo me han puesto... ¡hoy, el día de mi consagración oficial!... Me interrumpo. Y me interrumpo con una voz que yo no le conocía y con estas palabras, echando espumarajos por la boca: —¡Idiota, canalla!... ¡Qué consagración ni qué musicasi!... ¡A ti lo que te hacía falta era estos, para no estar tan engreído!...

Y comienzo a suministrarle estos, o sea una tanda de bofetadas que es como esas lluvias torrenciales del verano, de las que no sabe uno cómo librarse y para las que no sirven los paraguas... Ruedo de nuevo al suelo... Y ahora me siento golpeado, pateado, herido... Un ojo me sangra... Tengo el labio inferior partido... Estoy lamentable, roto, sucio, cubierto de polvo y de sudor... Siento que mis puños se crispan, y hay en mi pensamiento una obscuridad que me hace desear frenéticamente el asesinato... ¡Ah, si pudiera volver a matar!... To-

dos me golpean, me agreden, me roban...; si, me roban también, porque cuando ya me levantaba del suelo, han caído sobre mí cinco o seis hombres, algunos de ellos bien vestidos, según he podido ver con mi ojo sano, y me han desahogado, entre risotadas, golpes e insultos... Menos mal que a uno de ellos he logrado hundirle el pecho de un puñetazo... y ha caído muerto a mis pies... Me veo cubierto de sangre...



Corro por una calle, sin saber a dónde voy. Y llego al hotel donde me iban a dar el banquete. ¡Quiero entrar! Quiero ver en lo que ha quedado mi fiesta y mi hombre... ¡Horror!... Una multitud inmensa llena el gran comedor de gala, pero es una multitud grotesca, de plaza de toros, de arrabal o de taberna: mujeres desfiluchadas, vestidas de colores, con chorreros de girones que cuelgan hasta el suelo, borrachos y traperos; gente del hampa está sentada a la mesa...; y, al revés, mis amigos, mis compañeros del círculo y del «áteneo», están sirviendo los platos...; en el sitio de honor, en el sitio reservado a mí, donde campea mi retrato roto y manchado de vino, veo al trapero de mi casa, «el Cogorza», presidiendo el banquete...

Se mueve una algarabía formidable al verme... y un grupo me rodea, armado de cuchillos tremebundos: —¡Que baile!—dice uno. —¡Que haga la rana!—dice otro. Otra vez siento el horror de verme apeleado, pateado, herido... Varios cuchillos bailotean sobre mi cabeza, ante mis ojos sangrientos... Y uno de los enérgicos dice: —¡Basta un poco y te perdonamos la vida! Entonces ocurre lo más horrible, lo más grotesco: yo, el grande hombre, el poeta excelente, el dramaturgo aclamado anoche

mismo por una multitud elegante, en «Lasras», tengo que ponerme, para defender mi vida, a bailar como un oso, en el centro de un corro de gentuza, entre las risotadas y las tufaradas de vino de la morralla, bajo una lluvia de insultos y de improperios que me dirigen, sobre todo las mujeres...; mientras a mi alrededor se celebra una orgía canalla...

Abro los ojos. ¡Ah!...

Veo mi alcoba en orden, mi traje sobre la silla... los estores corridos... y me incorporo con tanta rapidez, que Lucas, mi criado, que arregla, correcto y silencioso, mis camisas, se vuelve, asombrado: —¡Lucas!—grito, echándome del lecho. —¡Señor!—me responde, frunciendo el ceño.—¿Qué le ocurre?

Comprendo que he soñado. Sin embargo, horrorizado por la pesadilla, temeroso de que me golpeen de nuevo, de que todos me traicionen y me roben, pregunto, ansiosamente: —¿Hay ya policía? —¡Corno?... ¿Qué dice el señor?... —Que sí hay policía en Madrid. —Sí, señor; ¡siempre la ha habido! —Pero... ¿no hay revolución, entonces? —¡Revolución?... ¡No, señor! Eso es en Rusia, lo que anoche nos leyó el señor en voz alta, al volver del teatro... Comprendo. He soñado... con la verdad. Pero, no obstante, horrorizado, influenciado aún por la ficción de infierno, grito a Lucas, mientras comienzo a vestirme: —¡No importa!... ¡Echa a correr y llama a toda la policía de Madrid!... ¡Y que venga también el 14 Tercio de la Guardia civil!...

Y no juzgándome en bastante seguridad, añado, empujando al criado hacia la escalera: —¡Y el «quinto Montados»!...

LA MUSA DEL POETA

En el último sueño de su vida, Ve al dulce norte de su esperanza, Es la Musa del Arte que divina, Por los tristes caminos de la vida, Dulce y sonriente le guiara.

En el delirio de las nocturnas sombras Ve a la Musa que lleva rosas blancas; Siente a su alrededor extraña melodía Y la Musa más bella y más divina Le ofrenda de laurel una brazada.

Al morir el poeta, alzar los ojos Y veréis una nube immaculada; Que alzándose del polvo de la tierra Paloma torrándose serena Hacia el Reino del Arte se levanta.

MANUELA ALDEBA FORROLL

crear un ejército incondicional y Trotsky comenzó la organización del ejército rojo. Entre tanto, el atamán cosaco, general Kaledin, había visto desorganizadas sus tropas. Los cosacos también querían tierras y los soviets se las daban. A Kaledin, sucedió el almirante Kolchak, y las legiones checoslovacas, que iban con él a rendirse no aceptando la paz. Aquellas legiones checoslovacas, formadas con eslavos desertores, en masa del ejército austriaco que, sin flaquear su patriotismo, hostiles a los soviets, se abrieron paso a través de la Siberia. Lenine, tenía en su contra la paz inicua de Brest, pero a su favor, el programa socialista que iba desarrollando y la amenaza de una contrarrevolución. Para hacerla frente, introdujo el terror. Rusia se convirtió en una cárcel y un campo de fusilamientos.

CAPITULO XXI

La casa patíbulo de Ekaterimburgo

Sergio fué recibiendo los encargos de la Virubova. Iba disfrazado de peregrino, con una gran barba. La Virubova le fué entregando iconos y medallas para la familia imperial, dinero y cartas que Sergio leyó antes para convencerse de que en ellas se hablaba sólo de cosas íntimas y personales, aun cuando en ellas existiera el sentimiento penoso del espectáculo revolucionario. Al salir Sergio de Moscou fué viendo toda la intensidad y toda la extensión de la catástrofe rusa. El tren, apenas si andaba, falto de carbón, parándose en mitad de los campos, sufriendo las visitas de los chequistas, lleno de un rebaño famélico y desbaratado. El hambre había comenzado a azotar a Rusia, y los soldados vagabundos, aterrorizando a las gentes, habían hecho que el pequeño comercio encareciese sus precios, ocultándose para poder vender. Se veían ya cuadrillas de niños abandonados, señoras de la antigua aristocracia solicitando socorro o dándose a la prostitución. No existía vida escolar ni benéfica. El tren iba marchando lentamente entre montañas y estepas, viendo Sergio en cada estación grupos de obreros armados, guardias rojos o milicias locales, que imponían la ley de Moscou. Al llegar a Tobolsk, Sergio se dirigió a la dirección que le había dado la Virubova, encontrándose con Solovief, vestido de mujic. —¿A qué viene usted?



LA TORTUGA

Las tortugas pertenecen a la familia de los «Quelonios», distinguiéndose no sólo de los demás reptiles, sino también de todos los animales, de los cuales se diferencian esencialmente por su durísimo caparazón óseo, dentro del cual la mayoría de las especies pueden esconder su cuello y extremidades, están recubiertas de escamas análogas a las de los ofidios.

La coloración de estos extraños animales es más bien oscura y parduzca, aún cuando hay especies que, como los galápagos patentes, a veces presentan rayas o puntos de un amarillo brillante.

Los quelonios tienen bien desarrollado el sentido de la vista y, al parecer, ven mejor a lo lejos; oyen bien, siendo la membrana timpánica más delgada en las especies acuáticas que en las terrestres; el olfato y el gusto están igualmente desarrollados en las tortugas, así como el tacto, siendo más sensibles las partes blandas. La inteligencia, es mayor de lo que parece, teniendo en cuenta la pequeñez del cerebro, pues conciben perfectamente los alimentos que les son más propios y no es difícil acostumbrarles a que vayan a tomar la comida de manos de quien les cuide.

Su fuerza, debido a su robusta resistencia muscular, es grandísima. Las dimensiones que alcanzan son muy variables, conociéndose entre las especies marinas los mayores ejemplares, los que raramente llegan a dos metros.

La gran vitalidad de las tortugas es algo curioso, pues soportan graves mutilaciones y ayunos prolongados sin gran dificultad; Rens, Vandoni y otros sabios naturalistas refieren infinidad de interesantes casos.

Las tortugas resisten fácilmente el calor y la sequía, pero con dificultad el frío; pueden vivir mucho tiempo sin respirar, al comer, citándose el caso de un ejemplar que vivió seis años sin probar alimento.

El mar, los ríos, los pantanos, los bosques húmedos y los lugares soleados son los puntos preferidos por estos animales. Las especies marinas pasan la vida en el agua, ya sea cazando, nadando o flotando soñolientas, salvo cuando llega la época de la puesta.

El letargo invernal depende principalmente de los lugares en que viven y empujándolo con la llegada de los primeros fríos de otoño, termina en los primeros albores de la primavera, en cuya época empieza la reproducción.

Para el hombre son comestibles algunas especies de tortugas, siendo apreciadas especial algunas formas marinas. La alimentación de estos animales es vegetal para unas especies, animal para otras y mixta para las marinas.

Existe una gran variedad de tortugas, siendo las más notables, la «Tortuga estroliada», de la India y Ceylán; la «Tortuga Gigante», de las Islas Galápagos; la «Tortuga radiada», de la isla de Madagascar, curiosísima por su bello caparazón; y muchas amarillentas, de las cuales irradian fajas amarillentas también; la «Tortuga matamata» del Amazonas, que por su aspecto y color es extraordinariamente repulsiva, en cuanto a la surninas, todas ellas son muy apreciadas por ser su carne muy sabrosa.

B. S. N.

PÁGINAS EXTRAORDINARIAS

tes y 30.000 hombres, al mando del conde de Montemar. Orán fué rendida, quedando como gobernador de la plaza el marqués de Santa Cruz, con 8.000 hombres; pero el bey Hassan, arrepentido de haber capitulado, reunió numerosos contingentes de tropas y puso sitio a la ciudad, cuya guarnición estuvo en grave aprieto. Lezo recibió orden de marchar con seis navíos y 5.000 hombres en socorro de los sitiados, logrando ahuyentar a los argelinos, tras refriada lucha, en la que perecieron el marqués de Santa Cruz y otros esforzados capitanes.

Lezo, después de haber derrotado a la capitana de Argel, cruzó durante dos meses aquellos mares, impidiendo que los argelinos recibieran refuerzos y municiones de Constantinopla, hasta que una epidemia de calenturas le obligó a regresar a Cádiz.

En 1734 se le ascendió a teniente general, confiándosele más tarde el mando de la escuadra que se envió a Tierra Firme, entrando con su flota en Cartagena de Indias y tomando posesión del mando del apostadero.

Declarada la guerra en 1739 entre España e Inglaterra, una escuadra fuerte de 36 buques de guerra ingleses atacó la plaza. Después de diecisiete días de una no interrumpida y sangrienta lucha, en la cual el go-



BLAS DE LEZO

bernador de Cartagena de Indias y virrey de Granada, don Sebastián de Eslava, y Lezo fueron heridos, fué evacuado el castillo de San Luis. Diecho los ingleses de él, empujaron el bombardeo de la ciudad, que duró ocho días, sin desanimar a los defensores.

El 20 de abril de 1741, los ingleses, con sus fuerzas de desembarco, atacaron el cerro y castillo de San Lorenzo, que se sostuvo sin vacilaciones hasta que, generalizándose la acción e interviniendo en ella Eslava y Lezo con todos los recursos que contaban, alcanzaron memorable victoria, que obligó al precipitado desembarco de las fuerzas sitiadoras en desordenada fuga.

Eslava y Lezo fueron los héroes de tan señalada hazaña, grande aún en un pueblo en que éstas son numerosas en su historia. Las fatigas de aquellos días de prueba vencieron la robusta naturaleza de Lezo, que falleció en 1741, en aquella lejana plaza, concediéndosele algunos años después el título de marqués de Oviedo, en recuerdo de su brillante historia y del hecho más culminante de ella. En la actualidad uno de los buques de nuestra escuadra lleva el nombre de este valiente e intrépido marino español.

B. S. N.



BLAS DE LEZO

Blas de Lezo, valiente general de la Armada española, nació en Pasajes, (Guipúzcoa), en 1687.

Empezó su carrera de mar como guardia marina a bordo del buque insignia francés del almirante Conde de Tolosa, en aquel tiempo en que Luis XIV de Francia y Felipe V de España, abuelo y nieto, llegaron a confundir sus ejércitos de mar y tierra en una fuerte solidaridad entre ambos pueblos.

Su bautismo de fuego y para Lezo de sangre, tuvo lugar en el combate de Vélez-Málaga, entre la escuadra francesa del almirante Tolosa y una inglesa-holandesa (1704). En él el joven Lezo, que dió señaladas muestras de una intrepidez y serenidad poco comunes, vió mutilada su pierna izquierda por una bala de cañón, mostrando en este terrible trance tan impercibible sangre fría, que admiró al mismo almirante, que lo propuso para el ascenso, a la par que le dirigió su testimonio de lo que con razón era un hecho excepcional.

Ascendido a alférez de navío, Lezo se encontró en numerosos hechos de armas, en los cuales confirmó una vez más su valor y capacidad.

Como teniente de navío estuvo en el sitio del castillo de Santa Catalina del puerto de Tolón, en donde fué herido nuevamente, y mandó varias expediciones de socorro que el rey de Francia envió al de España, que sitiaba la ciudad de Barcelona. En una de ellas fué rodeado por fuerzas superiores, y en trance tan apurado supo salir de él, incendiando algunos de los buques mercantes que le seguían, con lo cual consiguió romper el círculo que le cercaba.

En 1713, se le encuentra ya con el empleo de capitán de navío, en el segundo sitio de Barcelona, en donde recibió una herida que le inutilizó uno de los brazos.

Lezo mandó uno de los navíos que Felipe V envió para someter la isla de Mallorca, y formó parte, mandando el navío «Lafranca», de la expedición que se envió contra los corsarios que en las Antillas infestaban el mar del Sur; hasta 1730 estuvo en aquellos peligrosos mares, reconvencido en el mando de la escuadra y el generalato del mar del Sur en 1723, en cuyo cargo se dedicó a la tenaz persecución de los temidos piratas, con los cuales riñó continuos y sangrientos combates.

A su regreso a España, fué ascendido, como recompensa a sus meritorios servicios, a jefe de escuadra. Poco después fué encargado, con la escuadra de su mando, de ventilar ciertas diferencias que surgieron entre España y la República de Génova, a cuyo efecto se trasladó con sus navíos al puerto genovés y exigió que se le entregaran sin dilación 200.000 pesos que, pertenecientes a España, guardaba en depósito el Banco de San Jorge, y que, además, se hiciera a la bandera española un saludo excepcional, amenazando con el bombardeo si sus exigencias no eran satisfechas en breve plazo.

Ante la decidida y enérgica actitud del general español, cedió el Senado genovés, haciendo lo que se le pedía. En 1732, y a bordo del navío «Santiago», concurrió a la expedición a Orán como segundo jefe de la escuadra del general Cornejo, compuesta de 64 buques de guerra, más de 500 transpor-

...

...

...

...

...

...

—Ecequiel.
—¡Oh! ¡Cómo le quiere a usted don Alejandro!
El soldado hizo una pausa, miró al cielo, se enjugó una lágrima y siguió el camino del poeta.
—¡Eh! ¡Pare la comitiva!—gritó Ecequiel.
—¿Qué ocurre?—preguntó el señor Blas, que era al mismo de siempre.
—Aquí tienen ustedes a este bravo militar, que nos trae una visita de Uacista en el momento de salir nosotros a esperarle.
—¡Uacista!—repitió el soldado con extrañeza.
¡Cuán ajeno estaba de comprender las amarguras que encerraba aquel nombre!
—Por lo que se ve, usted quiere mucho a don Alejandro—dijo Ecequiel.
—Le debo la vida—murmuró el soldado.
Y cuando llegaron el punto más elevado de la carretera, todos se sentaron bajo un árbol y les contó una historia.
Esta es la que nosotros hemos referido, porque el soldado era José.
Media hora después todos vieron un carruaje que avanzaba por el camino.
—¡Caramba! Debía haber traído el serpiente—dijo el señor Blas.
—Entonces, ¿qué guarda usted para la noche?—repuso Librada.
—¡El es! ¡El es!—dijeron todos, locos de contento.
E invadieron el pescante, las ventanillas, la portezuela y el estribo.
—¡Juan Antonio! ¡Ecequiel!—gritó antes de saltar en tierra una voz en la que todos reconocieron a Uacista.
Y, en efecto, Alejandro cayó en brazos de sus amigos, mientras Ana era recibida por Librada y Consuelo.
—¿Tú aquí, José?—dijo Alejandro, que revelaba ser completamente feliz.
—Yo, señor, que voy de marcha, y me he separado del batallón para cumplir lo que me encargó usted.
—Gracias; eres un hombre de bien.
—No, no; quédese usted—dijo Ecequiel.
—No me es posible, señor; la Ordenanza es más fuerte que la voluntad.
Poco después José se despidió de todos y besó las manos de Alejandro.
—¡Pobre muchacho!—murmuró Uacista inclinando tristemente la cabeza.
—Parece un hombre de bien.
José, entretanto, se terció el fusil sobre el hombro y continuó su marcha sin volver la vista atrás.
De sus labios se escapó un nombre, y en sus melancólicos ojos apareció una lágrima.
—¿Y tú, eres feliz?—dijo Juan Antonio, enlazando su brazo a la cintura de Uacista.
—Completamente.
—¿Y Claudio?
—Claudio está en la Escuela de Ingenieros Civiles, donde alcanzará con el tiempo una brillante posición. El cielo me ha proporcionado recursos para vivir holgadamente, un ángel que consuele mis penas, y en Claudio un hijo cariñoso que alegre nuestro porvenir.
Dios, en su infinita misericordia, había escuchado sin duda los ruegos de Ecequiel.

FIN DE LA NOVELA

¿Tendría la inocente Ana que despojarse de su traje de novia para vestirse la dolorosa toca de la viudez?
Pasó un momento más.
Un bulto se dibujó confusamente en la sombra.
El bulto avanzó más, y cuando le reconocieron, Ana se arrojó en los brazos de su madre, y todos lanzaron un grito.
El barbero y su mujer corrieron a arrojarse a sus brazos.
Era Uacista.
Estaba tembloroso, con el traje desgarrado, el rostro pálido y los cabellos empapados de agua.
Traía sobre sus hombros el cuerpo de José.
La madre de éste le cogió las manos con delirio, se las besó, lloró sobre ellas y le bendijo mil veces.
—¿Vive?—preguntó uno, rompiendo el silencio que reinaba.
Alejandro se sonrió con alegría, con la inmensa alegría que experimentaba cuando tenía ocasión de practicar un beneficio, y dejó cuidadosamente sobre la hierba el cuerpo de José.
—Llévemole entre todos—dijo—; no puedo más.
Los concurrentes se apresuraron a ayudarle, y levantando a José cuidadosamente entre sus manos, empezó la marcha.
Ana caminaba al lado de Alejandro, loca de felicidad.
El alcalde y la señora Antonia lloraban de alegría.
El barbero y su mujer de arrepentimiento.
El cura, de admiración y de entusiasmo.
Así llegaron a la casa, subieron la escalera y colocaron el cuerpo de José sobre una cama.
Alejandro corrió al cuarto que se le tenía dispuesto de antemano, se mudó de traje y volvió al lado del paciente.
—¿Está ahogado tal vez?—preguntó el cura en voz baja, dirigiéndose a Alejandro.
—No; dentro de muy pocos minutos volverá en sí—contestó Uacista.
...
...
Algun tiempo después José lloraba de gratitud, abrazado al cuello de su madre. Todos le contemplaban en silencio, menos Alejandro, que se encontraba en la habitación inmediata.
—¿Quién me ha salvado, madre mía?—preguntó José.
Y giró la extraviada mirada a su alrededor.
Al ver a Ana, lanzó un grito, se asió con espanto al brazo de su madre, y fijando en ella sus ojos extremadamente abiertos, exclamó con voz seca e imperceptible:
—¿Se ha casado?
—Me pregunta que si se ha casado Ana, señor cura—dijo la madre sin saber qué contestar.
—Pues bien, yo le contestaré—repuso el sacerdote acercándose al lecho.
Y haciendo señas a la señora Antonia, le dijo en voz baja:
—Lléveselos usted afuera hasta que yo avise.



Pasatiempos



(SECCION A CARGO DE NOVEJARKYN)

Organo importante
(Por «CISNES»)

Consonante **VION** Río

Nombre de mujer
(Por IDEM)

EE Río

Bicolor

En la mano **VERDE**

¿Qué ves desde aquí?
(Por SIXTO-VILA)

111 00R00

¿Dónde vas?
(Por «EL PALAFRUGELLEENSE»)

VOCAL **E**
VERBO **L**

¿Cuándo te vas?
(Por M. P. D.)

P en las letras **LUNES**
Nota **OCTUBRE**
1929

En el conector
(Por JOSÉ SERRADE)

Parte del año **Vocal**

¡Sin defensas!
(Por MIGUEL GRAU ALGORA)

DD **Nota**

¿Qué es usted?
(Por «UN MASSANETENSE»)

EE en el billar **L**

En las "Fiestas Mayores"
(Por «MARININ»)

T JUE O COS L

Título de comedia
(Por «EL CONSEJER DE ELS CASATTS»)

M. A. T. A. Ñ. O. I.

El Miraflores

CUPON
que debe acompañar
a todo envío de pasatiempo

Nombre de mujer
(Por MIGUEL AMETLLER)

NOICVMRIFV
NOMBRE DE VARON

La Niña
(Por RAMON ALIANA)

**C asiá-
NOTA**

Gran buque

AT **NOTA**
PARI C ENTE

(Las soluciones, en el número del próximo domingo.)

Soluciones a los pasatiempos insertados en el número del domingo anterior:

Nombre de varón: Recarado.
Frase de la luna: Cuarto menguante.
Para comer a gusto: Apetito.
Era un gran músico: Granados.
Casos que no agrandan: Los espuerantes.
Nombre de mujer: Rosario.
La Exposición: Es muy grande.
Constelación: Leopardo.
Labor: Calceña.
Personaje celebre: Colón.
Población: Soría.
Lugar de diversión: Gine.
Llagar: Septiente.
Buque: Torpedero.

Acuse de recibo

Terminadas, lector, mis vacaciones, vuelvo—¡oh, dolor!—a mis ocupaciones. Lo cual quiere decir—por eso escribo—que seguiré este «Acuse de recibo» dedicándole a ti con ansia y ganas el domingo de todas las semanas. Puedes, pues, contar yo con urgencia despatcharé tan grata correspondencia. Unas veces en verso, otras en prosa, siempre contestaré; que esa es la cosa. **NOVEJARKYN**

El sacerdote y José quedaron completamente solos.

—José—dijo cariñosamente el señor cura, tomando una de las temblorosas manos del joven, por Ana sé tus intenciones pasadas y el juramento que hiciste en la montaña; por el alcalde, el crimen que cometiste no ha mucho, obedeciendo a una pasión loca.

José inclinó la frente con vergüenza.

—¿Sabes por quién no estás en un presidio, arrastrando la cadena de los infames? Por don Alejandro. Dios, sin duda, ha querido castigar tus criminales instintos exponiéndote a una muerte segura. ¿Sabes quién es, después de El, tu salvador?

—No, padre.

—Don Alejandro; él comprendió que tal vez te traía el deseo de hundir en su pecho el acero homicida, y sin embargo, ha salvado a tu madre al volverte la vida, y te ha salvado a ti. Cristiano antes que nada, ha ejercido contigo la sublime virtud de la caridad. José, vuelve los ojos a la vida, bendice su unión con Ana, y pídeles perdón. Nunca es tan grande un hombre como siendo humilde, nunca es tan noble como siendo agradecido. Tus padres lloran humillados por tus acciones; arrepíentete, llora, vuelve los ojos a Dios.

José alzó la frente y rompió a llorar acongojadamente como un niño.

El cura se levantó, llegó a la puerta y dijo:

—¡Don Alejandro!

Este se presentó.

—José quiere que le dé usted un abrazo—añadió el cura.

Uacista se acercó al lecho del enfermo, que le besó las manos y continuó llorando.

—¡Todos adentro!—añadió el cura—. Si la ofensa ha sido particular, la retractación debe ser pública.

Cuando todos estuvieron reunidos, dijo:

—Señor Alejandro, sólo ahora es cuando comprendo mi extravío; por él he usurpado sus joyas a mis padres para fugarme, y he pensado también cometer un crimen. Yo les pido perdón, y ya que no puedo resignarme a vivir en el pueblo, iré donde Dios quiera para ganarme el pan con el sudor de mi frente.

—¡Dios te bendiga!—exclamó el cura con evangélica unción.

—Hijo mío, yo te perdono—murmuró el barbero—, y me arrepiento de haber dicho que fuiste el salvador de Ana en la montaña.

—¡Cómo! ¿No fué José?—preguntó el alcalde.

—Lo sospechaba—dijo el cura—; cosa que no me atrevería a hacer en adelante.

—¿Pues quién pudo ser?—añadió uno de los concurrentes.

El cura desplegó una bondadosa sonrisa y dijo:

—¿Quién? Don Alejandro.

—Yo fuí—dijo Uacista con humildad—. El feroz animal que atentó contra su vida está mandado disecar, y dentro de breves días adornará nuestra habitación.

—¡Ah!—dijo Ana—. ¡Qué bueno eres para mí!

—Le debo a usted un caballo, señor Mateo—exclamó José dirigiéndose al albéitar.

—¿Qué dices, muchacho?

—El caballo que yo traía era el de usted.
—No pensemos más en eso—dijo el cura—y bendigamos a los que, como don Alejandro, cruzan este valle de lágrimas ejerciendo los cristianos preceptos de la caridad.

EPILOGO

Era una clara y serena tarde del mes de mayo.

En la cruz de piedra que existe a la salida del Carrascal del Obispo hallábase sentado un pobre soldado, con el fusil entre las rodillas, la frente entre las manos y la mochila a la espalda.

Su rostro, tostado por el sol, hacía más severas las líneas de su frente, sobre la que caía una gorra de cuartel.

Roque, Emilio, el señor Blas, Ecequiel, Juan Antonio y los dos ángeles que el cielo les había concedido por esposas pasaron ante él.

—¡Papá! ¡Papá!—dijo el niño, acercándose al poeta—. ¡Mira qué soldado! ¡Pobrecito! ¿Está malo?

—Yo no sé, hijo mío—dijo Ecequiel, tomando al niño de la mano.

—¿regúntale, papá.

—¿Para qué, tonto? Además, no nos podemos detener.

—¿Por qué?

—Porque vamos a esperar a uno que nos quiere mucho.

—¿Cómo se llama?

—Alejandro.

Al decir esto Ecequiel, pasaba por delante del soldado.

—Buen caballero—dijo éste levantándose y quitándose la gorra con respeto—. ¿Podría su merced darme razón de la casa del médico?

—¿Está usted enfermo?—preguntó Ecequiel.

—No, señor; pero cuando salí de mi pueblo, hace dos años, me encargó don Alejandro que viniese a verle.

—¡Ah! ¿Usted es de M...?

—Sí, señor.

—¿Y hace mucho tiempo que no sabe usted de don Alejandro?

—Más de un año, caballero.

—Pues bien; si quiere usted verle, espere aquí, porque esta tarde llega al lugar.

El soldado abrió extremadamente los ojos, dando muestras de la más viva emoción.

—¡Oh!—exclamó—. ¿Don Alejandro viene aquí?

—Salimos a recibirle.

—¡Ah! Si usted me permite que vaya también.

—Sí, hombre, sí; pero estará usted muy cansado.

—¿Qué me importa a mí el cansancio si he de abrazar al hombre por quien disfruto los goces de la honradez?

—Pues andando; venga usted, conocerá al médico, a mi familia, de quien le habrá usted oído hablar.

—¿Cómo! ¿Es usted quizá...?